

AL PIÉ DE LOS MUROS DE ROMA.

(ANTES DEL 20 DE SETIEMBRE.)

AL AMIGO EDUARDO.

¿Recuerdas, caro amigo, las veladas
que pasamos en pobres caseríos,
entre perros, caballos, y entre líos
de ropas y de armas hacinadas?

¿Nuestras mejillas por el sol tostadas;
nuestros cantos marciales, nuestros bríos
al pasar Puerta Pía, tan vacíos
que no vimos un cuarto en las jornadas?

¡Momentos memorables! ¡Oh! fué aquella
la más grande embriaguez de mi alegría,
la más pura, más noble, la más bella!

Con tal de entrar en Roma, á trompicones
arrastrar me dejara por sus vías:
mas, cómo, ¡con aquellos pantalones!



LOS EMIGRANTES.



LOS EMIGRANTES.

Apagada la vista, el cuerpo inerte,
extenuados, de aspecto triste y grave,
estrechando la esposa el brazo, fuerte,
ascienden á la nave
cual se sube al tablado de la muerte.

Cada cual contra el pecho firme cierra
cuanto posée mísero en la tierra:
aquel un bulto, el otro un tierno infante
que al cuelio se le aferra
temiendo al mar que muge resonante.

Suben á bordo en larga fila, mudos;
y en sus semblantes rudos
de desolado llanto humedecidos
aun por los saludos
al país en el cual fueron nacidos,

La mirada reluce, que, funesta
sobre Génova todos tienen puesta
con estupor profundo,
como sobre una fiesta
la vista fijaría un moribundo.

Ora cruzan el líquido elemento
á proa, combatidos por el viento;
van á tierra lejana
en busca del sustento
que la patria cruel niega inhumana.

Por traidor mercader van engañados
como objetos de escarnio al extranjero:
bestias de carga, ilotas despreciados,
carne de pudridero
que alquiló por vil precio el usurero.

¿Adónde irán? A la region incierta
en la cual tanta gente quedó muerta;
como el mendigo ciego vagabundo
llama de puerta en puerta
ellos errantes van de mundo en mundo.

Van con sus hijos como gran tesoro;
por capital, una moneda de oro
fruto vil de sudores;
y las mujeres van con hondo lloro
heridas del dolor de los dolores.

Y á pesar de la angustia de tal hora,
cada uno á su patria fiel adora,
aman, no obstante, el maldecido suelo
que sus hijos devora,
donde uno goza y mil claman al cielo.

En tan solemnes últimos instantes
recuerdan las cascadas resonantes,
y las blancas casitas do vivieran,
y los lagos brillantes,
y la aldea feliz en que nacieran.

Tal vez lanzando alguno un alarido
tornara presuroso al pobre nido
de la elevada cumbre,
en donde el padre de dolor transido
no soporta la inmensa pesadumbre.

¡Pobres viejos, adios! Quizá en un plazo
muy corto, la miseria con su abrazo
os circunde, y al gran monton de escombros
iréis en cuatro hombros,
y os echará la tierra un solo brazo.

¡Pobres viejos, adios! Quizá á esta hora
en las colinas que el ocaso dora
llorais por vuestros hijos; vuestros llantos
los bendicen ahora...
¡Todos van á sufrir: á morir, cuántos!

Ya se mueve el bajel, comienza lento,
zarpa, Génova gira, sopla el viento,
vago velo se esparce en la ribera,
se agita al firmamento
el gentil gallardete y la bandera.

Quién la costa al perder, extiende el brazo;
quién inclina la frente en el regazo
do va su niño, el dique de sus ojos
rompido, añuda el lazo...
quién á Dios implorando cae de hinojos.

La nave se apresura, muere el día;
el rumor de cruel melancolía,
de las ondas, reunido, al son incierto,
proclama la agonía
de las almas que quedan en el puerto.

¡Ay, hermanos, adios! turba doliente,
compasivo os sea el cielo, el mar clemente;
que el sol no os abandone en el viaje;
adios, mísera gente:
¡ánimo, hermanos, paz, valor, coraje!

Del fraternal cariño atad el nudo,
á los niños cuidado del cambio rudo,
repartíos el pan, ropas, dinero;
como un haz, al sañudo
embate, resistid, del extranjero.

Y que os consienta Dios cruzar los mares,
y ver de nuevo vuestros pátrios lares,
y todavía encontrar de las desiertas
moradas, sin pesares,
los padres esperándoos en las puertas.





EN FERRO-CARRIL.



I.

El tren corre del mar junto á la orilla ;
entra del monte por la negra mole,
y ántes de que el penacho al sol tremole
ronco anuncia el salir desde una milla ;

Luégo en el puente que recruje brilla,
no hay campo aun siendo santo que no viole
ni ciudades que intrépido no inmole
en su ánsia voraz que maravilla.

Cual fantasmas veloces, por los llanos
pasan árboles, casas y canales
y atónitos los pobres aldeanos.

Despues acorta el paso, y en la meta
penetra bajo arcadas colosales,
y allí el ígneo pulmon, rápido aquieta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II.

A la empresa pagamos ocho cuotas :
y en prensa, nos hallamos, caldeada :
un asistente, un cura, una criada ;
un ama, yo, un inglés, y dos marmotas.

Llevo por *mor* del cura, medio rotas
las piernas, con su cesta malhadada ;
un pecho en este codo, aquí una espada,
y del inglés dos piés sobre mis botas.

La nodriza estornuda y me espurrea,
los niños lloran, el soldado fuma,
la sierva tose, el cura gargajea.

É ignoro quien, en brazos de Morfeo,
suavemente la cárcel nos perfuma...
¡y á esto llaman, buen Dios, *tren de recreo!*



EN EL HOSPITAL.

